

GUSTAVO PEREIRA: Los cuatro horizontes del poeta

José Pérez

Hablar de Gustavo Pereira supone al menos tres variables: Haberlo leído, haberlo estudiado o conocerlo. Quizás por un previsible gesto de humildad hayamos preferido hablar del hombre solidario y afectuoso, que es Gustavo —como solemos tutearlo algunos, no sin cierto atrevimiento—. Sin embargo, habrá de hablarse siempre de quien asumió la poesía como rebelión y como actitud vital. De quien refleja en su obra y en sus propuestas la entrega y exploración del hombre.

Muchas páginas suman su docena y media, aproximadamente, de obras, y en cada página una palabra nueva significa el desarraigo, la denuncia, la protesta o esa «auto-acusación» a la que alguna vez se refiriera Juan Liscano a propósito de Pereira. Pero estos términos se quedan en la apreciación escatológica y determinista. Pereira va más allá de la significación inmediata, del campo inmediato del significado: El poema debe tener más que una realidad acústica y referencial o la contextualidad propia de esa realidad social que supone el uso de la lengua. La poesía, el poema y el poeta deben ser una

identidad, y deben tener un norte y un horizonte definidos. Esto implica un ser en el mundo y una concesión de las expresiones más sublimes del espíritu del hombre. Para Pereira «los poemas son actos», y así lo expresó hace una década al fraternal poeta Ramón Ordaz, en la revista **En Ancas** ⁽¹⁾. Y no sólo lo confesó, sino que lo inscribió para siempre como lección de conciencia para las nuevas voces y para las voces de siempre: **El hombre es importante en el poema:**

«Nombrar un poema es como nombrar un hijo, es una decisión terriblemente complicada, puesto que las connotaciones e implicaciones de un nombre pueden trastocar un destino, develar estados y conductas, otorgar o cercenar infinitas posibilidades».

Estas afirmaciones del poeta se advierten con gran facilidad al hojear sus libros. Nos habla de isla de pájaros, de las olas que viajan, del mar que le da una parroquia dulce para habitarla, de naufragios, de la casa habitada por los golpes de medianoche de la memoria, de algún escrito dejado en la arena hace siglos, de la ola suave y la espuma, de la taza de café vacía en la penumbra de un rincón donde el resuello de un camarada espanta a los fantasmas; del país que ha amado con rabia, de los trenes que oye escaparse cargados de carbón en un año lejano del dolor, de los muertos que lo llaman para vengar sus heridas; de las cosas que pasan como si no pasaran, casi arrebatándole a la poesía su propio existir; de la ceniza y el cigarrillo que trasluce la soledad de una mesa, del cielo iluminado; del retrato que no existe, de la rosa roja que cae en la mano que la espera, del océano y del VIVIR CONTRA EL MORIR.

Vuelve a ser necesaria la recurrencia al poeta Ramón Ordaz, quien se ha dado a la tarea de abordar numerosas veces la obra de Gustavo Pereira, para traer a estas líneas las

siguientes palabras: «No se trata tan sólo de una actitud ante el mundo y la vida, sino también de una posición frente al difícil ejercicio de la poesía» (2). Ese «ejercicio» se une a un rasgo característico de la poesía de Pereira, en el que coinciden muchos críticos y que quizás el mismo poeta conscientemente sea capaz de confesar: el elemento reflexivo de su poesía.

En tanto que actos no sólo de habla, no sólo como mera acción lingüística, sino como actos de pensamiento, las obras de Gustavo Pereira son actos también de la reflexión, de la meditación, de encaramiento con las cosas y los seres que expresan o hacen sentir ternura, y que constituyen motivos para la rebelión y la protesta indoblegables. Así, por ejemplo, nos encontramos con los siguientes versos de su **Sumario de Somaris** (1980):

«El dinero ayuda
a mantener cierto equilibrio
entre los grandes imbéciles
y los grandes carajos» (3)

El poeta como codificador de símbolos, como intérprete de otras voces inoídas, como paradigma de la esperanza y la justicia verdadera del mundo, va a estar asistido indefectiblemente por el deseo de convertir la voz propia en voz múltiple, en voz de encuentro y comunión con la verdad y la dignidad humanas. Por eso a su conciencia de la vida se une su conciencia de arte, o viceversa. La identificación se da a partir de la realidad misma de cada poema:

«Vivir en un país despedazado
puede que no esté mal
para curtirse o para endurecerse
Vivir en un país envilecido

puede ser experiencia útil
para estómagos como el mío
Pero llevarlo adentro ya es el colmo
¡Colgar de él como una levadura
es simplemente
el colmo!» (4)

Gustavo Pereira no sustrae la realidad inmediata, de su creación poética. El ser poeta va más allá de la connotación de «elegido» o «pequeño dios» que se le ha atribuido a los bardos, y debe significar, fundamentalmente, «acto de reflexión» y justificación (razón de ser) de nuestro tránsito. «Por encima de nuestros destierros tenemos responsabilidades contraídas con nosotros mismos, con nuestros hijos y quién sabe con cuánta gente noble que, aunque calla, no olvida y espera. Las generaciones que vendrán probablemente hallarán los escombros de un país que alguna vez fue bueno» (5). Tales palabras del poeta dejan constancia de su preocupación por el futuro de las generaciones de relevo y por el destino destino de patria de esta tierra de gracia, de Latinoamérica y del planeta todo. La actitud, y con ella la obra, de un poeta como Pereira no puede ser lindante con la indiferencia, frente al mancillamiento, la opresión, el vacío, el aniquilamiento, el exterminio progresivo y nada discreto de nuestros valores morales, éticos y espirituales, así como de nuestras propias vidas o formas autóctonas de vida. Pereira no puede cerrar la página de ni siquiera uno de sus libros como el que cierra la ventana de su casa a los destellos del sol, al alumbramiento de una nueva vida y de un despertar para nuevas y siempre luchas. Tampoco es capaz de retrotraer su probada sensibilidad humana al humo de sobremesa de un cigarrillo, cuando quinientos millones de hombres ruegan a media docena de dioses que les entreguen el pan que siempre le han negado. En Pereira las paredes no son límites, ni las palabras. Otros son los horizontes del poeta. Para él la

poesía tiene que ver, indefectiblemente, con la condición humana. Son oportunas una vez más las palabras del poeta, esta vez expresadas a Santos López, refiriéndose a las cualidades esenciales de la poesía, en el año 1986, en una entrevista concedida para El Nacional, y que el también poeta y hombre revolucionario Tarek Williams Saab hiciera recurrente en su extraordinario ensayo titulado «Somari a la rosa de los vientos» (Diario Antorcha, 9-10-89). Dice Pereira: «El poeta no ejerce la irreverencia contra la ternura, ni contra la gente buena y noble, ni contra el amor, sino contra el engaño, la mentira, la hipocresía, los farsantes y el poder, la más grande farsa». Señala entonces las que parecen ser, sin discusión, las cualidades de su poesía y que deberían ser en todo caso, las cualidades de la poesía misma:

«La modestia, ⁽⁶⁾
pues ella —la poesía— se halla más a gusto
en las cosas simples de la vida;
la sencillez,
puesto que toda afectación le es repulsiva;
la bondad,
porque está en su naturaleza, y
la alegría
porque es un arma contra la muerte».

A la luz de estas reflexiones acudimos a algunos de sus libros, y entre las indagaciones nos encontramos con uno que no tiene, quizás, la decantación de **Vivir contra morir** (1988) ni la contemplación afectiva de **Diario de mar** (1992), pero que es, por su naturaleza sumatoria, la condensación de una propuesta estética y de esa actitud de vida a la que hicimos referencia anteriormente.

Nos referimos, desde luego, al libro **Sumario de Somaris** (1980). De esta obra Salvador Tenreiro ha dicho que se funda y

se funde «en lo somático: Es sangre, páncreas, bilis, herida, pulsión pura». Palabras estas que podemos trasladar, sin lugar a equívocos, a cualquier otro poemario del autor, para constatar esa «poesía vertical» (en la tradición de Roberto Juarroz), esa actitud de vida igualmente vertical de la obra poética de Gustavo Pereira. Para corroborarlo bástenos señalar con y sin azar de los poemas de **Sumario de Somaris**:

Un soñador es un pistolas

Un soñador es un pistola
que dispara por las noches sus luces de bengala
Un idiota perfecto es un idiota
con cara pies barriga y todo eso (p. 62)

El poder fatal

En mi país
los imbéciles
hacen carrera
Sin necesidad de otro atributo (p. 74)

Sólo un acto reflexivo puede generar un acto poético como este que acabamos de leer. Sólo el horizonte claro de un poeta abierto a los mares, a los sueños, a las luchas y a los sentimientos más puros de la humanidad nos permite vislumbrar en él al hacedor de utopías, al incansable protestatario, a quien se asume responsable y dignamente como una humilde voz para el canto y la reivindicación, para combatir el olvido, para nombrar al pájaro y la lluvia, para denunciar la imbecilidad y combatir al opresor, para quien el poema, el poeta y la poesía no pueden ser sino una misma carne y un mismo hueso. Por siempre, Por los siglos de los siglos.

Citas

- (1) **Ramón Ordaz. «Entrevista con Gustavo Pereira». En: *En Ancas* (Cumaná): 14-21, 1981.**
- (2) **Ramón Ordaz. «Trópico Uno y Gustavo Pereira: Paralelo en la poesía contemporánea de Venezuela». En: *Imagen* (Caracas) (100-61): 12-13, enero de 1990.**
- (3) **Gustavo Pereira. *Sumario de Somaris*. Caracas, Fundarte, 1980; p. 68.**
- (4) **Idem, p. 82**
- (5) **Ramón Ordaz. En revista *En Ancas*, antes citada.**
- (6) **Cfr. en Tarek Williams Saab, «Somari a la rosa de los vientos», *El Tigre*, Diario *Antorcha*, 9-10-89. El subrayado es nuestro, así como la disposición del texto.**